

Manuel González Montesinos

María de la Gracia González Caballero

Manuel González Montesinos (1887-1965) nació y murió en la ciudad de México; pasó algunos años de su juventud en Francia. Durante la Primera Guerra Mundial se alistó como soldado en la Legión Extranjera y fue herido varias veces.

La Universidad de París le otorgó los grados de bachiller en Letras y en Ciencias. En la Universidad Nacional Autónoma de México obtuvo los títulos de maestro y doctor en Letras (*suma cum laude*).

Dentro de la Academia Mexicana de la Lengua fue individuo de número y, con el permiso del Congreso de la Unión, recibió del gobierno de Francia las siguientes distinciones: Caballero de la Legión de Honor, condecorado con la Cruz de Guerra y Oficial de la Academia (Palmas Académicas de Plata).

Dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México fue maestro de 1931, ingresando como profesor honorario, hasta el 30 de abril de 1965 en que se jubiló. En julio de 1956 recibió el nombramiento de Profesor de Tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras. Las cátedras que impartió fueron, entre otras: Literatura general comparada, Literatura castellana contemporánea, Estética de la lengua castellana y Seminario de lengua española. Hasta 1955 fue profesor de la Escuela de Verano y, en la Normal Superior (cuando ésta dependía de la UNAM), tuvo a su cargo el curso de Técnica de enseñanza del francés. Durante varios años fue maestro en la Escuela Superior de Guerra, de la Escuela Bancaria y Comercial, y de la Alianza Francesa. En el extranjero fue catedrático y conferenciante de las Universidades de Oxford, Cambridge y Texas.

Periodista hasta los últimos días de su vida, trabajó como editorialista en *Excélsior* y *Novedades*; en revistas como *Tiempo* publicó innumerables artículos sobre cuestiones del lenguaje. Utilizó los seudónimos de El Dómine y León Leza Guzmán. Su columna "Palmetazos" ilustraba y cautivaba a sus lectores; con frecuencia, establecía polémica con otros colaboradores de los periódicos.

Maestro, periodista, escritor, poeta, la figura de González Montesinos todavía se recuerda. Llamaba la atención por su porte, elegancia y distinción; caminaba erguido, seguro, siempre con un bastón o un paraguas en la mano que completaban su atuendo estilo inglés.

En la cátedra su discurso rayaba en la perfección, pues siempre buscaba y encontraba la expresión más justa. Aunque eruditas, sus clases eran amenas porque su mordacidad e ironía hacían reír.

Era capaz de resolver casi cualquier duda de lenguaje, apoyándose en su profundo conocimiento de los clásicos españoles, de tal manera

que, consultarlo, era acudir a un diccionario de autoridades viviente. Purista por convicción y decisión, trataba de que sus alumnos llegaran a manejar con la mayor propiedad su lengua y corregía con obsesión el mínimo error de léxico o sintaxis.

Sarcástico, irónico, pero siempre cordial, el maestro González Montesinos se ganó el respeto y la admiración de muchas generaciones de estudiantes que pasaron por sus aulas.

Conservó hasta la muerte los ideales que inspiraron su juventud guerrera: valor, rectitud, honestidad, lealtad, sensibilidad; de ellos queda su huella en el recuerdo de los que lo conocimos, pero también en su poesía inédita. Podría rematar esta semblanza con la cita de la primera estrofa del soneto dedicada a su padre, don Fernando González:

Hoy que por fin sin lágrimas te lloro,
sé que mi alma de la tuya es parte;
y puedo envanecerme y venerarte,
pues heredé un blasón y no un tesoro.



Enriqueta González Padilla, 1960.

Enriqueta González Padilla

Federico Patán

La enseñanza universitaria puede ser una labor callada y, pese a ese recato con que se le cumple, muy importante. Cuando se examina ese quehacer silencioso y perseverante, sostenido a lo largo de años y en cursos de la índole más variada, comprendemos que uno de nuestros sostenes principales, en tanto que Universidad, es la presencia de quienes llevan a buen término empresa así de dificultosa.

La doctora Enriqueta González Padilla se inició como profesora del Departamento de Letras Modernas en mayo de 1958. Hizo primaria, secundaria y preparatoria en el Instituto Anglo-Español, y sus estudios de licenciatura y maestría en esta Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo su grado de maestra en Letras Modernas, *cum laude*, en diciembre de 1955. Diez años después, era suyo el grado de doctora en Letras. Además, hizo estudios de literatura francesa en la Sorbona.

La doctora González Padilla ha cumplido un espléndido itinerario de profesora a partir de su incorporación a nuestra Facultad. Con base en su sólida preparación, se hizo cargo de cursos de literatura tan diversos como el dedicado a la Edad Media, aquel relacionado con las letras isabelinas y jacobinas, sin olvidar el de Restauración y el siglo XIX.

Su Seminario de literatura bíblica es muy solicitado por los alumnos. Paralelamente a esto, participó en mesas redondas y dio conferencias donde era perceptible el buen manejo de la información que poseía.

Como coordinadora de Letras Modernas vio de renovar la planta de profesores, se preocupó por impulsar a quienes dedicaban su tiempo a la enseñanza, promovió actividades culturales y fue una acuciosa directora de tesis. En otras palabras, se le veía activa en todo aquello que constituye el sostén primero del quehacer profesoral.

No por ello descuidó las tareas de investigación. Con motivo del centenario de Charles Dickens, coordinó el libro *Charles Dickens (1812-1870)*, en el cual se incluye asimismo el ensayo "El último Dickens", de la propia coordinadora. De 1968, con reedición en 1991, es *Poesía y teatro de T. S. Eliot*, inteligente comentario de difusión sobre una buena parte de la obra dejada por este poeta norteamericano. Y no olvidemos que, hace ya sus buenos doce años, la doctora González Padilla reunió en torno suyo a un grupo de profesores jóvenes, con el cual puso en marcha un proyecto ambicioso y necesario: editar en español la obra de William Shakespeare. Más una puesta en español hecha a partir de traducciones cuidadosas, basadas en las ediciones críticas inglesas, con el necesario acompañamiento de notas y prólogos extensos que daban a cada una de las piezas traducidas un marco de referencia muy académico. A la fecha se han publicado de este proyecto varios volúmenes, un buen número de ellos resueltos por la mano experta de la doctora González Padilla. Que aparezcan en la serie "Nuestros clásicos" es otro motivo de contento.

Así pues, la doctora Enriqueta González Padilla ha cumplido entre nosotros un itinerario envidiable por su dedicación y la variedad de tareas atendidas. Y que, por suerte, tiene aún muchas etapas por cubrir.

Eli de Gortari

Jaime Labastida

Eli de Gortari entraba en su plena madurez cuando yo lo conocí. Estaba por cumplir treinta y nueve años de edad y yo era apenas un joven de diecisiete que había terminado su enseñanza preparatoria en un ambiente cerrado, duramente determinado por horarios regidos por la implacable disciplina militar.

En la primera clase que recibí en la Facultad de Filosofía y Letras había oído, de labios de mi profesor de filosofía presocrática, una fra-



Eli de Gortari.

se lapidaria. Después de rechazar que se pudiera trabajar con un “libro de texto”, había exigido de nosotros que leyéramos directamente a los autores mismos, que nadáramos en sus aguas: el que aprenda a nadar, dijo Eduardo Nicol, pasará a la otra orilla; el que no, se ahogará. Ahí no hubo contemplación ninguna; nada que se asemejara al paternalismo, a la complacencia intelectual, es decir, a la mutua corrupción en que se ha convertido buena parte de nuestra educación superior: alumnos que no estudian, profesores que no exigen.

Además de Nicol, mis profesores respondían a los nombres de Luis Villoro, Ricardo Guerra, Francisco Larroyo, Antonio Alatorre, entre otros. Apenas en el año 1959, al morir Samuel Ramos, nuestro profesor de estética, pudo entrar Adolfo Sánchez Vázquez a dar su primera cátedra: la cantidad de alumnos, tan reducida, impedía que hubiera dos grupos en algunas materias, razón por la cual el titular ocupaba el único espacio disponible. Como los grandes árboles, que impiden el crecimiento de otros a su alrededor.

Sin embargo, sí había dos clases de lógica. A los alumnos se nos ofrecía la oportunidad de optar por enfoques diferentes en una misma materia. Una de esas cátedras la ocupaba aquel profesor que entraba en su plena madurez intelectual. Tenía un aspecto hosco: cejas muy gruesas, bigote abundante, patillas largas, lentes muy anchos tras los que se descubrían ojos firmes y penetrantes. El hombre, que era todo bondad y generosidad sin límites, se protegía del mundo bajo aquella máscara.

Para mí, la cátedra de Eli de Gortari constituyó una aventura constante, un riesgo, un peligro. Donde los otros creían haber encontrado soluciones, él fundaba problemas; donde los otros se estacionaban, complacidos, él avanzaba. Como Arturo Rosenblueth, gustaba de borrar las fronteras entre las disciplinas y entendía que el acercamiento entre filosofía y ciencia, entre filosofía y arte, entre ciencia y poesía, era fructífero; profundo, emotivo, radicalmente fructífero. De Gortari, pues, se arrojaba con gusto —y nos arrojaba con igual entusiasmo— a los peligros del pensamiento, a los riesgos de la duda, a la necesidad de la construcción sistemática, a la aventura de la comparación insólita.

Por ejemplo, a partir del principio de simetría y paridad, aceptó que trabajáramos en los campos más diversos, desde la biología y la química hasta el lenguaje y la poesía.

Eso era habitual para quien, como él, dirigía, junto con Samuel Ramos y Guillermo Haro, el Seminario de problemas científicos y filosóficos, un espacio de discusiones interdisciplinarias donde se daban cita astrónomos y filósofos, lingüistas e historiadores, biólogos y escritores: Ángel María Garibay al lado de Louis de Broglie, Mauricio Swadesh junto a Auguste Cornu, un espacio del pensamiento, abierto, amplio, plural, lleno de sugerencias, dudas, incitación a la modernidad, a la disciplina, al sistema.

Eli de Gortari fue el presidente del jurado que examinó mi tesis de licenciatura —los otros dos sinodales fueron Luis Villoro y Adolfo Sánchez Vázquez.

De Gortari tenía orden, sistema, disciplina. Sin duda, su modelo de filosofía arrancaba de la gran estructura hegeliana. Sus investigaciones no sólo poseen una enorme importancia histórica en el desarrollo de nuestro pensamiento, sino que, además, constituyen una aportación original a la filosofía de nuestro tiempo.

Este hombre fue postergado, hostilizado, marginado, encarcelado. Nunca se le invitó a formar parte de El Colegio Nacional —y, como lo recordó Jesús Kumate a propósito de Rufino Tamayo, admitido en esa institución apenas unos meses antes de su muerte: al Colegio le habría hecho falta de Gortari, aunque él no necesitara de aquella gloria. Este hombre pensaba por muchos. Ha muerto, con él, una porción considerable del cerebro de nuestro país.



Sofía Villalón, María de la Luz Grovas e Ida Appendini.

María de la Luz Grovas

Enriqueta González Padilla

Hacia los años cuarentas y cincuentas, la doctora María de la Luz Grovas fue, por más de una década, jefe y decana del Departamento de Letras inglesas de nuestra Facultad. Se le recuerda especialmente por sus cursos de inglés superior y de Gramática histórica inglesa, materia difícil que ella impartía con mucho orden y tesón.

Promovió con gran ahínco la fundación y desarrollo de la Asociación de Universitarias Mexicanas, hasta lograr que ésta contara con una sede adecuada y que ofreciera un espacio de amistad, convivencia académica, solaz y descanso a muchas ilustres graduadas de nuestra Universidad, quienes agradecen el apoyo y cordialidad que les brindó dicha Asociación a través de su Casa de Señoritas Universitarias.